



INFORME: El año Quijote

Antonio de Sancha: El alcarreño que recuperó a Cervantes

Pedro Aguilar

Reinventor de lecturas y hacedor de libros”, así se definió el trabajo del editor alcarreño Antonio de Sancha (Torija 1720-Cádiz 1790) en el año 1997 cuando se clausuró una magna exposición de su obra en Madrid. Considerado junto a Joaquín Ibarra, el mejor editor e impresor del siglo XVIII, y uno de los mejores de toda la historia de nuestro país, Sancha redescubrió para los españoles la obra de Cervantes y de plumas imprescindibles en nuestra literatura como Garcilaso, Lope de Vega o Francisco de Quevedo, en una época en que los textos de estos autores eran despreciados y prácticamente desconocidos para el gran público.

“El grande aprecio con que admiran las naciones cultas la obra del famoso Miguel de Cervantes, y el ver que jamás se ha hecho colección igual de todas ellas, me movió emprenderla en buena forma y en tamaño cómodo para el uso. Presenté a VE la “Historia de Persiles y Segismunda”, y ahora le dirijo las “Novelas” (“Ejemplares”)... seguiré con “La Galatea” y “El viaje del Parnaso” y finalizaré con la “Vida de Don Quijote de la Mancha””. Estas palabras dirigidas por el editor torijano Antonio de Sancha al conde de Floridablanca prueban no sólo su interés por difundir la obra cervantina sino el empeño activo y meditado que infundía en cada una de las obras que salían de su taller. Antes de morir consiguió editar todas las obras citadas de Cervantes excepto una, El Quijote.

Un Quijote personal

El alcarreño había impreso en 1777 una edición del Quijote en 4 tomos, copiada en todo, menos en los márgenes más amplios, de la que el otro gran impresor de la época, Ibarra, había realizado en 1771, con láminas de José Camarón grabadas por Manuel Monforte. Una joya bibliográfica que le supo a poco a Antonio de Sancha, que siempre quiso tener un Quijote “exclusivamente suyo”, como bien refleja Emilio Cotarelo en su biografía del impresor guadalajareño. Para tal fin, encargó al bibliotecario del Rey y académico de la Historia, Juan Antonio Pellicer, una edición “corregida de nuevo, con nuevas notas, nuevas viñetas, con nuevo análisis y con la vida del autor nuevamente aumentada”. Tardó 20 años en hacerla este prestigioso erudito, y hasta 1798, seis años después de que falleciera Sancha, no vio la luz esta edición cumbre, la mejor de cuantas se habían hecho hasta la fecha y aún hoy pocas veces superada. Está firmada por Gabriel de Sancha, su hijo, consta de 8 tomos de pequeño tamaño y fue reeditada en 1996, por primera vez desde el siglo XVIII por las Cortes de Castilla La Mancha.

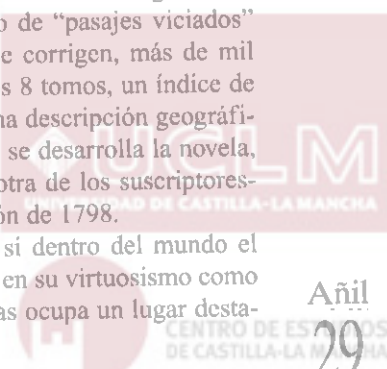
De Torija a Madrid

Pocos datos se tienen de los primeros veinte años de vida de Antonio de Sancha. Sí se sabe que nació el 11 de julio de 1720 en “la villa de Torija”, un pueblo con castillo y murallas, al pie del viejo camino hacia Aragón hoy autovía, considerado la puerta de la Alcarria. Sus padres Fabián, también torijano, y María Viejo, del cercano pueblo de Rebollosa, formaron una familia modesta. Antonio hizo sus primeros estudios en la escuela del pueblo y, según los biógrafos, en este caso Rodríguez Moñino, llegaría en 1739, con 19 años, a Madrid y se emplearía como vendedor de libros en la casa del impresor de Cámara Antonio Sanz, con cuya hermana se casaría en febrero de 1745. Sus comienzos fueron como encuadernador, ocupación en la que pronto alcanzó gran fama, de manera que en 1751 ya era encuadernador de la Real Academia de la Historia y tres años después de la Lengua, para ser en 1760 encuadernador de la Biblioteca Real.

Dueño ya de la librería Sanz, por la muerte de su cuñado, se convierte en el núcleo de una interesante tertulia donde participan eruditos de la talla de Francisco Cerdá, Vicente de los Ríos, Pellicer o García de la Huerta, entre otros. Entre todos deciden publicar una escogida colección de poesías “que levantase la lírica de la postración y prosaísmo en que se hallaba”. De esta manera Sancha se convierte en el editor de “Parnaso español” una obra magistral donde se recogen obras de Quevedo, Fray Luis, Garcilaso, Lope de Vega, Hurtado de Mendoza... Un libro de enorme éxito que fue capaz de dirigir de nuevo los ojos de los lectores hacia el Siglo de Oro, tan denostado entonces.

Antonio de Sancha es pues más que un simple impresor, capaz de hacer obras de una calidad y belleza únicas, como lo demuestra la edición del Quijote encargada a Pellicer acompañada de mapas en los que se indican las rutas que siguió el ingenioso hidalgo o se describen las lagunas de Ruidera. Aparece también un catálogo de “pasajes viciados” en ediciones anteriores y que ahora se corrigen, más de mil notas aclaratorias desglosadas entre los 8 tomos, un índice de cosas notables por orden alfabético, una descripción geográfico-histórica de los lugares por los que se desarrolla la novela, una lista de erratas y correcciones y otra de los suscriptores-mecenas que hicieron posible la edición de 1798.

Se puede decir, sin errar, que si dentro del mundo del libro la importancia de Sancha estriba en su virtuosismo como impresor, dentro de las letras españolas ocupa un lugar desta-



cado como impulsor y rescatador de textos olvidados en una época difícil, donde las modas y las fobias por la vida y comportamiento de ciertos autores hacían eclipsar una obra fundamental e imprescindible. Antonio de Sancha siempre tuvo claro que una de las cosas “que más pueden contribuir al restablecimiento de las buenas letras” es sin duda el que se reimpriman las mejores obras que se han escrito. “Por este medio se logrará tener buenos libros a la mano con que perfeccionar los estudios y desengañar a los que abaten nuestra literatura. El deseo pues, de contribuir por mi parte a tan útil designio me ha hecho abrazar, siguiendo el consejo de hombres eruditos, la idea de imprimir diferentes obras, así en prosa como en verso”.

Estas palabras publicadas por Antonio de Sancha pocos años antes de su muerte, justifican sobremedida que 200 años

después un premio, creado por la asociación de editores de Madrid, destinado a elogiar a quienes promocionan y defienden los valores culturales, lleve su nombre y haya sido entregado a personalidades de enorme prestigio social e intelectual dentro y fuera de España, como Jack Lang, Federico Mayor Zaragoza, Enrique Múgica, Nuria Espert o Julio María Sanguinetti.

En este 2006 en que todavía rezuman los actos conmemorativos del IV Centenario de la publicación del Quijote, bueno es recordar no sólo a quienes han estudiado a fondo la obra cervantina, sino a personas como Antonio de Sancha, un alcarreño modesto y a la vez imprescindible, que supo en su momento mantener viva la llama del espíritu cervantino y de su obra más universal. ■

Dulcinea: hija de sus obras. Amor y belleza en el Quijote

Amparo Ruíz Luján

*“El ser definitivo del mundo no es materia ni es alma,
no es cosa alguna determinada, sino una perspectiva”*

ORTEGA Y GASSET: *Meditaciones del Quijote*, 1914

Obra magistral, síntesis de vida y literatura, sueño y vida; afirmación de los valores del heroísmo. Don Quijote representa una forma de vida elegida, crea su realidad, su nombre, el de su caballo, el de su amada. Dulcinea del Toboso constituye un ideal sublime de caballero que nunca decae en la defensa de su ideal amoroso, ni siquiera cuando es vencido por el caballo de la Blanca Luna. En su desaliento todavía proclama su fe en Dulcinea con palabras que emocionaron al poeta Heine:

“Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprísta, caballero, la lanza y quitame la vida, pues me has quitado la honra”

(Cap. LXIV-II)

“YO SOY ENAMORADO, NO MÁS DE PORQUE ES FORZOSO QUE LOS CABALLEROS ANDANTES LO SEAN; Y SIÉNDOLO, NO SOY DE LOS ENAMORADOS VICIOSO, SINO DE LOS PLATÓNICOS CONTINENTES”

Octavio Paz, dice que el humor es un gran invento de la época moderna vinculado al nacimiento de la novela y en particular a Cervantes. El amor de Don Quijote por Dulcinea parece una gran broma: está enamorado de una mujer que apenas o jamás ha visto y además reconoce estar enamorado “porque tan propio y natural es de los caballeros ser enamorado como al cielo tener estrellas”. Toda la literatura está llena de infidelidades, traiciones, decepciones amorosas; pero con Cervantes lo que se cuestiona no son los amantes sino la noción misma del amor ¿Por qué se ama a una mujer sin conocerla? Según Milan Kundera “gracias a esa broma hiperbólica